

Entrevista a Fernando de Prado, promotor del proyecto de la localización y la identificación de los restos mortales de Miguel de Cervantes

Juan Morrilla and Grisél Aranda

Texas Tech University

Es justo que Cervantes tenga su tumba y un entierro digno

A finales del pasado mes de abril, un georradar sondeó el subsuelo de la iglesia del convento de las Trinitarias Descalzas de Madrid, España, con el propósito de hallar la localización exacta de los restos mortales allí enterrados. Existe el convencimiento de que, en alguno de los nichos y tumbas halladas, se encuentran los huesos de Miguel de Cervantes, quien recibió cristiana sepultura en el templo primitivo que dicha orden religiosa, la que lo liberó de su encarcelamiento en Argel, levantó en el famoso barrio de las Letras. Las heridas que el celeberrimo escritor sufrió durante la batalla de Lepanto podrían ser la clave en la identificación de sus restos. Para Fernando de Prado, promotor de este proyecto, no hay mejor manera de celebrar el cuarto centenario del fallecimiento de la figura más relevante en la historia de la literatura en español.

¿Existe alguna posibilidad de que los restos de Miguel de Cervantes no se encuentren en el subsuelo de ese convento?

Hay diversos documentos que confirman que sus huesos están y que nunca salieron de allí. En realidad, yo aporté muy pocas novedades en la investigación que realicé antes de presentar este proyecto. Prácticamente todo estaba ya estudiado, argumentado y bien documentado por varios eruditos y eminencias cervantistas y de aquella época. El documento por antonomasia es *La vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra*, escrito por Luis Astrana Marín y terminado en 1958. Son siete tomos absolutamente abrumadores por la documentación e información que albergan (contienen unos 1.500 documentos hasta entonces inéditos que prácticamente abarcan toda la vida del escritor). En realidad, desde entonces se ha añadido poquísimo. Antes, en cambio, sí hubo otras publicaciones muy importantes. Por ejemplo, destacaría la biografía realizada por Martín Fernández de Navarrete en 1819 (*Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*), los trabajos de investigación de José Deleito Piñuela y Cotarelo Mori sobre los siglos XVI y XVII, los artículos costumbristas de Julián Monreal y Ximénez de Embún, y, sobre todo, lo acontecido en 1870, cuando, por encargo de la Real Academia Española de la Lengua, Mariano Roca de Togores y Carrasco, marqués de Molins, escribió *La sepultura de Cervantes* con la idea de probar documentalmente que Cervantes fue enterrado en la iglesia primaria y que sus restos jamás salieron de ahí. Gracias a esta obra, la Academia consiguió frenar una jugada especulativa por parte de unos concejales del Ayuntamiento de Madrid de aquella época (querían derruir el convento y construir en su lugar un mercado y unas cuantas casas de vecinos), y, además, logró que se encargara la colocación de una placa preciosa en el muro del convento en la que se puede leer que ahí yacen sus restos mortales.

Si los restos de Cervantes están relativamente localizados desde hace tanto tiempo, ¿por qué no se procedió antes a su recuperación?

El principal inconveniente en el caso de Cervantes residía en que no se sabía con certeza en qué punto concreto del convento podía estar enterrado. En abril de 2010 conocí de casualidad a Luis Avial, que es el mejor especialista español en la detección de restos humanos a través de la utilización del georradar. Gracias a esta técnica, que ya fue utilizada en la excavación de la ciudad de Piramesés en Egipto, se puede saber qué hay exactamente justo debajo de una superficie terrestre analizada. Conforme me fue dando detalles, la fui encontrando más fascinante, pues su aplicación puede ser determinante para la arqueología y el desarrollo del patrimonio histórico.

Y, entonces, Cervantes entró en escena.

Me comentó que hay una serie de personajes históricos cuya pista estaba perdida, y uno de ellos, lógicamente, era Cervantes. Esa conversación fue como una revelación para mí. Como tantos otros, yo sabía que don Miguel debía estar enterrado en ese convento, pero poco más. Inmediatamente, empecé a buscar información y, como suele ocurrir cuando inicias una investigación de este tipo, nunca estás satisfecho con lo que encuentras. Conforme avanzaba me daba cuenta de que era factible, y cuanto más factible me parecía menos entendía por qué no se había intentado esto antes.

¿Qué información desveló el sondeo realizado por el georradar?

Esta técnica, combinada con otras aplicaciones radiográficas, ha permitido realizar, con una definición asombrosa, una recreación tridimensional del subsuelo de la iglesia del convento, que fue construida en 1673 prácticamente en el mismo emplazamiento, aunque con otra orientación, en el que se encontraba la iglesia originaria, en la que Cervantes fue enterrado en 1616. El estudio de la información dio pie a un informe geofísico de unas 120 páginas en el que se reporta información muy valiosa para este proyecto, ya que, si bien es cierto que lógicamente seguimos sin saber la localización exacta de los restos de Cervantes, al menos sí conocemos que, al margen de la cripta, en la que se han identificado treinta y tres nichos ocupados, hay otros cuatro enclaves (en el crucero, al lado izquierdo y dos en el centro posterior) con presencia de huesos humanos. Es preciso subrayar al respecto que el georradar confirmó lo que intuíamos de antemano: que al tratarse de una iglesia conventual, poca gente, sólo los capellanes y aquellas personas con un permiso especial, estaría enterrada en su subsuelo.

¿En cuál de estos lugares cree que está enterrado Miguel de Cervantes?

Ésa es la gran incógnita que tendremos que despejar en cuanto se reanuden los trabajos –la tramitación de los permisos necesarios para la intervención en el templo, declarado como bien de interés cultural, está retrasando el proceso más de lo deseado-. Mi intuición me dice que está en la tumba número cinco, pero es algo que tendremos que ir confirmando o descartando una vez se inicie la siguiente fase de la investigación, que va a llevar a cabo un equipo de forenses y arqueólogos dirigidos por Francisco Etxeberria. El primer punto señalado es la cripta que fue construida cuando se levantó la segunda, y actual, iglesia. Los cuerpos ahí alojados deben corresponderse con los de los capellanes o algún devoto que fuera autorizado. Se va a hacer una perforación en cada uno de los treinta y tres nichos que permitirá la introducción de una cámara endoscópica, a través de la cual se podrá ver la disposición de los restos humanos que hay en cada uno. Los cadáveres serán revisados, porque no se puede descartar que se hubieran producido movimientos de restos humanos durante las obras de ampliación del convento. Si los huesos están intactos, no corresponderían a Cervantes, ya que, de estar ahí los suyos, éstos tendrían que haber sido

exhumados desde su enterramiento originario, y, por tanto, tendrían que aparecer desordenados.

La tumba 2, la más cercana al altar, cuenta, según las evidencias que deja el georradar, con un espacio suficiente para dos enterramientos. Creo que se puede tratar de los restos de los marqueses de La Laguna, don Sancho de la Cerda y María de Villena, quienes, con su dinero, contribuyeron decisivamente a la construcción del actual convento.

En la tumba 3 pensamos que habría un niño de apenas un año de edad y doña Francisca Ayala, suegra de Francisca Gaitán Romero, la fundadora del convento, que hizo trasladar allí esos restos para que fueran sepultados.

En la tumba 4 se detectó espacio para un solo enterramiento, que se atribuye a Gabriel Martínez, padre de uno de los capellanes y que, además, fue el casero de Cervantes cuando vivió en el barrio de las Letras.

Y, por último, está la tumba número 5, que es la que está más alejada del altar. Su cavidad sugiere la existencia de dos nichos, que, perfectamente, podrían corresponderse a los de Cervantes y su mujer Catalina de Salazar, que murió diez años después de aquel y que se cree que también fue enterrada en esta iglesia. En aquella época los enterramientos seguían una jerarquía, quedando reservados los lugares más cercanos al altar para la gente importante. Así las cosas, lo lógico es pensar que alguien humilde como Cervantes quedara enterrado en un lugar más alejado. Teniendo en cuenta que en aquella época los restos mortales se respetaban muchísimo, la opción de que sus huesos se encontraran intactos en esta quinta tumba, dentro de su ataúd original y sellados por el zócalo que se realizó para corregir la inclinación de la iglesia primitiva, podría ser la más factible.

¿Qué prueba de carácter científico confirmaría que ciertos huesos, y no otros, son los de Miguel de Cervantes?

Para la identificación de los mismos contamos con una gran ventaja: la herida que sufrió en el antebrazo izquierdo por un arcabuzazo durante la batalla de Lepanto y que le provocó una lesión incapacitante que tuvo su mano inútil durante cuarenta y cinco de los sesenta y nueve años que vivió. Estamos hablando de un período de tiempo muy largo, más de media vida, en el que la inmovilidad de la extremidad no sólo atrofió los músculos y los tendones de la misma, sino que, además, debió crear unas lesiones características en el radio y el cúbito, así como en los huesos de la mano, que quedarían retraídos y engarfiados. Hoy en día, un antropólogo puede identificar esa lesión, así como la herida que sufrió en el pecho por otro disparo. Sólo en el caso de que sus restos estuviesen mezclados con otros, habría que proceder a extraer su ADN para hacer la selección de sus huesos.

Que tal herida pueda ser la clave de su identificación puede ser considerado como un guiño del destino.

Es la vía más fiable que nos queda. Otras técnicas están descartadas al no garantizar el éxito. Por ejemplo, no está claro que podamos recurrir directamente al ADN, pues sólo es útil cuando se trata de parientes cercanos que tengan una consanguinidad más o menos aproximada. Aunque tenemos constancia de descendientes de su hermano Rodrigo, que murió como alférez de Infantería en la batalla de las Dunas en 1600, el ADN común es muy, muy reducido ya que en estos cuatrocientos años han pasado unas doce generaciones. El error estaría prácticamente garantizado.

¿Teme que la conservación de los restos pueda no ser óptima para su identificación o que, incluso, no se pueda acceder a los mismos por las peculiaridades de la construcción?

Pese a no ser ideales, a priori las condiciones no son malas. La iglesia original se construyó en una ladera que daba a una huerta, donde actualmente se encuentra el Museo del Prado, por lo que la humedad pasaría a una profundidad mayor. Además, el suelo de Madrid prácticamente no tiene cal ni tampoco zonas gravíticas, que suelen ser muy agresivas con los restos óseos. Respecto a las características de la construcción, no hay riesgo de que los restos se encuentren debajo de un pilar clave. La iglesia actual se apoya sobre todo en los muros y los pilares que tiene, los cuales cumplen más bien una función de reforzamiento y apoyo.

¿Qué podrían desvelar los estudios que se hicieron de los restos mortales de Cervantes?

Podrían aportarnos muchísima información. Gracias a la evolución de la antropología forense, ciencia que ha experimentado un desarrollo extraordinario en las últimas décadas, sus restos podrían indicarnos de qué murió exactamente; si padeció algún tipo de enfermedad infecciosa al final de su vida; cómo fue su infancia y crecimiento, pues en el desarrollo de sus huesos habría quedado reflejado si hubo algún tipo de carencia o padecimiento; en qué medida le afectaron las heridas sufridas en combate tanto en el brazo izquierdo como en el pecho, etc. Es más, se podría hacer una reconstrucción tridimensional de su rostro, algo que ya se ha hecho a partir de la recuperación del cráneo de Roberto I de Escocia.

Este último punto se antoja, a priori, de suma importancia. ¿No lo cree?

Por supuesto. Nos permitiría obtener la confirmación del rostro de Cervantes. La imagen que tenemos actualmente de él se basa en un retrato que está en la Real Academia Española de la Lengua y que parece ser una copia o falsificación del retrato que originariamente le habría pintado su contemporáneo Juan de Jáuregui. Es una iconografía que ha triunfado, aunque podemos afirmar que hoy en día tenemos una imagen de la cara de Cervantes que no tiene por qué ser la real.

¿Cómo sería su otro retrato, el de su personalidad?

Cervantes siempre destacó por ser una buena persona, virtud muy meritoria si se tiene en cuenta el medio en el que se movía. El Siglo de Oro español lo formaron una serie de luminarias maravillosas que, en cambio, eran una gentuza espantosa. Era un sector terriblemente agresivo, pues entre ellos se hacían las canalladas más gordas. Se degollaban con un soneto, se despellejaban en redondillas, se acuchillaban en cuartetas... Quevedo, por ejemplo, compró una casa sólo para echar al inquilino anterior de la misma, que no era otro que un tal Luis de Góngora. Sin embargo, don Miguel debía ser excepcionalmente bueno, hasta el punto de que en su *Viaje al Parnaso* habló maravillas de todos, incluido el propio Lope de Vega, con el que mantenía una rivalidad lógica y normal. Es importante resaltar que él había sufrido mucho, que lo había pasado mal. Puso su vida en peligro, y eso cambia mucho al individuo. Primero estuvo en la guerra y luego pasó cinco años preso en Argel, donde, en medio del delirio, pudo descubrirse así mismo. Es por ello que cuando regresó a España veía las cosas de otra manera diferente a como las veían el resto.

¿Cómo murió?

Tenía el reconocimiento de la gente del teatro y de la cultura, y el respeto y la admiración de cualquiera que le conociera, ya que, pese a no haber tenido fortuna, había sido un soldado valiente. No en vano, en Lepanto fue herido mientras ocupaba una de las

posiciones más expuestas durante el combate. Nunca tuvo fortunas, aunque gracias a la publicación de la primera parte del Quijote y de sus entremeses y comedias pudo mudarse de la modesta casa que tenía en la calle Huertas, que él mismo describió como lóbrega y húmeda, a otra de nueva construcción, en la calle Francos, que ya era más espaciosa y limpia, y que le permitió ser uno más en el barrio de Las Letras, donde se reunía toda la gente de la cultura y las letras, y donde estaba el mentidero de los representantes de ese mundillo. Él mismo dijo que “murió muy sin dineros” y, a petición propia, fue enterrado en el que era posiblemente el convento más modesto de Madrid, aunque para él tenía una significación especial ya que fueron los trinitarios los que, previo pago de 500 ducados, lo liberaron de su encarcelamiento en Argel.

¿Cuál es su final soñado para este proyecto?

Como existen los medios y la oportunidad de recuperar de sus restos, considero que es justo que tenga una tumba nominal y un entierro digno quien dejó de ser español para convertirse en ciudadano de la Humanidad. En poco más de un año se cumplirán cuatrocientos años de su muerte, aniversario que coincide con el de Shakespeare, la otra gran cima de la literatura occidental, y creo que hay tiempo suficiente para realizar todos los trabajos que fueran necesarios para ello, aunque a partir del momento en que se localicen los huesos empezarán a interferir una serie de condicionantes que no se pueden calcular ahora mismo y que, por supuesto, no dependen de los investigadores, sino de las instituciones y su burocracia. Sin ir más lejos, podría plantearse un verdadero dilema dentro de no mucho tiempo, ya que por un lado habrá un edificio declarado como bien de interés cultural y que, por tanto, tiene el máximo grado de protección, y por el otro está la posibilidad real de acceder a los restos de un individuo absolutamente excepcional. Sin duda, estaríamos ante un tema inédito en España. ¿Qué pesa más? En otra situación, se pondrían todas las trabas posibles para que ninguna actuación de este tipo fuera autorizada en un edificio como éste, pero es que estamos hablando de Cervantes.

No es un asunto baladí el que propone, pues está en juego la consecución de un hito histórico en la historia cultural de España.

En este sentido España es un vergel que todavía está por desarrollar. Es una potencia mundial en patrimonio histórico y artístico, y diría que es la primera potencia mundial en diversidad de patrimonio. Existe una riqueza infravalorada e infrautilizada que está por explotar porque, sencillamente, no es gestionada adecuadamente. Hay que seguir el modelo, por ejemplo, de Inglaterra, donde en el año 2000 crearon el distrito de Stratford-on-Avon, al sur del condado de Warwickshire, que incluye un recorrido por una serie de enclaves históricos relacionados con la figura de Shakespeare. En España, donde históricamente ha habido gente fantástica y con grandes iniciativas, capaces de sacar adelante proyectos a base de una tenacidad y una paciencia infinitas, esto, lamentablemente, parece inconcebible.

¿Por qué es así?

El cuerpo directivo de este país hace mucho más daño que el bien que puedan realizar los arriba citados. Este caso es un gran botón de muestra. En septiembre de 2010 empecé a buscar financiación para esta iniciativa. Tirando por lo alto, el presupuesto previsto no supera los 100.000 euros (menos de 150.000 dólares). Una por una, visité las fundaciones de las grandes empresas del país y puedo asegurar que en algunas de ellas recibí respuestas tan kafkianas como humillantes, incluso por parte de gente que me conocía bien. Hablar de cultura a quien sólo entiende de dinero y de hechos tangibles es estar abocado al fracaso,

sobre todo en un contexto de crisis económica como el actual. Estamos hablando de incapacidad, de falta de imaginación e interés, de miras cortas. Sin embargo, a través de una amiga, pude entrar en contacto con un grupo de financieros muy fuerte de Estados Unidos. Cuando me reuní con ellos y les hablé del proyecto creían que les estaba timando. Pedir dinero fuera de España para sufragar los gastos de un asunto de Cervantes era muy doloroso, pero parecía ser la única salida que quedaba. Algunos estaban dispuestos a ayudarnos, pero fue entonces cuando conocí al jefe del área de Cultura del Ayuntamiento de Madrid, Pedro Corral, quien, al ver que mi proyecto estaba sólidamente argumentado, rápidamente se entusiasmó e hizo los trámites necesarios para contar con el apoyo de esta institución, que cubrirá los primeros 12.000 euros. Sin embargo, se ha hecho una valoración económica del impacto mediático que ha tenido en todo el mundo la fase inicial de este proyecto (portada del New York Times incluida), y ésta ha dado como resultado el equivalente a lo que hubiera sido una campaña de publicidad de 20 millones de euros (unos 26 millones de dólares).